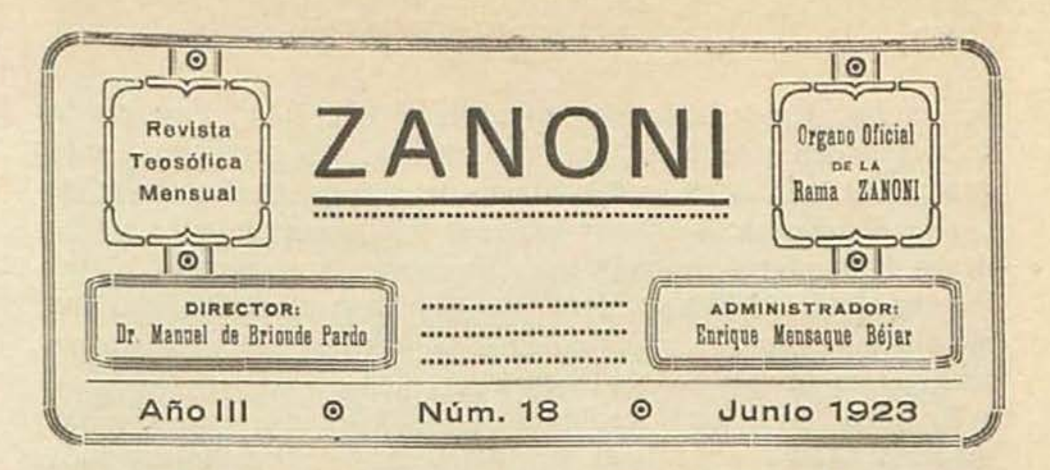

Revista Teosófica Mensual
ZANONI
Organo Oficial de la Rama ZANONI
DIRECTOR: Dr. Manuel de Brioude Pardo
ADMINISTRADOR: Enrique Mensaque Béjar
Año III ⊙ Núm. 18 ⊙ Junio 1923

Vida y muerte de las hadas

La duración de la vida de las diversas clases de espíritus de la naturaleza varía muchísimo. En algunos es muy corta y en otros mucho más larga que la del hombre. El universal principio de la reencarnación también prevalece en su existencia, aunque las condiciones son algún tanto diferentes. No tienen lo que nosotros llamamos nacimiento y desarrollo. El hada aparece en su mundo completamente formada como los insectos. Vive poco o mucho sin apariencia de fatiga ni necesidad de descanso y sin envejecer con los años.

Pero llega tiempo en que su energía se agota y se siente cansada de la vida. Cuando esto ocurre, su cuerpo se va volviendo más y más diáfano hasta convertirse en una entidad astral que vive durante cierto tiempo en este mundo entre los espíritus del aire, que representan para ella la inmediata etapa de evolución. Después de la vida astral vuelve a su alma-cuerpo, en donde si está lo bastante adelantada puede tener algo de existencia consciente antes de que la ley cíclica actúe una vez más en el alma-grupo, despertando en el hada el deseo de separación. Entonces su impulso dirige de nuevo hacia fuera la corriente de su energía, y aquel deseo, obrando en las plásticas materias astral y etérea, materializa un cuerpo de análogo tipo, a propósito para expresar el adelanto logrado en la última vida.

Por lo tanto, el nacimiento y la muerte son mucho más sencillos para las hadas que para los hombres, con la ventaja de que la muerte del hada está libre de todo pensamiento de tristeza y temor. Verdaderamente su vida entera parece más sencilla; es una existencia dichosa e irresponsable, como la de una cuadrilla de felices niños rodeados de un ambiente por todo extremo favorable.

Los espíritus de la naturaleza no tienen deseo ni conocen las enfermedades ni la lucha por la existencia, de suerte que están exentos de las más fecundas causas del sufrimiento humano. Tienen profundos afectos y son capaces de contraer íntimas y duraderas amistades de que obtienen intenso e imperecedero placer. Pueden sentir envidia y cólera, pero se desvanecen ante el vivísimo deleite con que llevan a cabo las operaciones de la naturaleza que es su más señalada característica.

Se gozan en la luz y resplandor del sol, aunque con el mismo placer danzan a la luz de la luna. Participan de la satisfacción de la sedienta tierra, de las flores y de los árboles al caer la lluvia, y también juguetean igualmente dichosas con los copos de nieve. Gustan de flotar perezosamente en la calma de una tarde de verano, y sin embargo también se solazan con la violencia del viento. No sólo admiran con una vehemencia que pocos de nosotros pueden comprender la belleza de un árbol o de una flor, la delicadeza de sus matices o la gracia de su forma, sino que toman vivísimo interés y sienten hondo deleite en todos los procesos de la naturaleza, en la circulación de la savia, el brote de los renuevos y el nacimiento y caida de las hojas.

Por supuesto que de esta característica se aprovechan los grandes Seres que presiden la evolución, valiéndose de los espíritus de la naturaleza para ayudar a la combinación de los colores y al arreglo de las variedades. Además atienden cuidadosamente a la vida de las aves e insectos, a la empolladura de los huevos y a la eclosión de las crisálidas, asi como se complacen en vigilar las triscaduras y jugueteos de los cervatos, corderillos, ardillas y lebratillos.

Otra ventaja inestimable de la evolución etérea es que no necesitan alimentar sus cuerpos por medio de la comida y bebida, sino que el cuerpo del hada absorbe del éter circundante sin esfuerzo, fatiga ni taza cuanta materia necesita la nutrición de su cuerpo. En vigor no cabe decir que absorbe materia etérea sino más bien que contínuamente se efectúa un intercambio de partículas, desasimilándose las desgastadas por haber consumido su energía y asimilándose otras plenamente dinamizadas.

Aunque los espíritus de la naturaleza no comen, la fragancia de las flores los deleita en grado análogo al placer que los hombres experimentan al saborear los manjares. El aroma es para ellos algo más que un halago del olfato o del gusto, pues se bañan en él hasta empapar todo su cuerpo.

Lo que en ellos desempeña funciones de sistema nervioso es

mucho más delicado que el nuestro. Perciben grandísimo número de vibraciones que escapan a nuestros groseros sentidos y así notan el olor de no pocas plantas y minerales que a nosotros nos parecen inodoros.

No tienen estructura interna, pues sus cuerpos son como neblina, y por lo tanto no es posible desmenbrarlos ni herirlos ni les afecta penosamente el calor ni el frío. Así hay una variedad de hadas que parecen preferir a toda otra cosa el bañarse en el fuego. Cuanda estalla un incendio acuden presurosas de todas partes y se deslizan con salvaje deleite entre las oscilantes llamas como los muchachos en el declive de un tobogán. Estas hadas son los espíritus del fuego o las salamandras de la literatura medioeval. Los espíritus de la naturaleza sólo pueden sentir dolor corpóreo a consecuencia de una desagradable o inarmónica emanación o vibración, pero les cabe evitarlas por la facultad que tienen de trasladarse celérrimamente de un punto a otro.

Según se infiere de las observaciones hechas hasta ahora, las hadas están del todo libres de la maldición del miedo, tan prevaleciente en la vida del reino animal, que en nuestra línea de evolución es correlativo del reino de las hadas en la evolución etérea.

Tienen las hadas una imaginación envidiable por lo fértil, y en los ratos de recreo con sus compañeras se complace en idear todo linaje de fantásticos escenarios y románticas situaciones. Puede entonces compararse el hada a un niño que relata cuentos a sus compañeros, aunque con la ventaja sobre el niño de que como las demas hadas tienen visión etérea y astral interior, todas las ideas y personajes del cuento toman forma visible para los oyentes en el transcurso de la relación.

Sin duda que muchos de estos cuentos nos parecerán pueriles y de muy limitada y extraña finalidad, porque la inteligencia del hada actúa en dirección distinta de la nuestra; mas para ellas son vívidamente reales y motivo de inagotable deleite.

El hada que denota extraordinario talento en imaginar narraciones se aquista el afecto y consideración de sus compañeras, sin que jamás le falten auditorio y séquito.

Cuando algún ser humano vislumbra un grupo así de hadas, lo juzga según sus rutinarios prejuicios y toma al hada principal por un rey o reina según la figura que en aquel momento asuma el hada. En realidad, el reino de los espíritus de la naturaleza no necesita régimen alguno de gobierno, excepto la inspección general que sobre ellos ejercen los devarrajas y sus subordinados.

sin que se den cuenta de esta inspección más que los espíritus de la naturaleza muy adelantados.

La mayor parte de los espíritus de la naturaleza repugnan y evitan la compañía del hombre, y no es extraño que así sea, pues para ellos el hombre es un devastador demonio que destruye y despoja por doquiera que pasa.

A sangre fría y a veces entre horribles tormentos mata el hombre a las hermosas criaturas de que los espíritus de la naturaleza gustan cuidar. Abate los árboles, siega las hierbas, arranca las flores y desidiosamente las echa para que se marchiten. Suplanta la amable vida en el seno de la naturaleza con sus horribles ladrillos y cementos, y la fragancia de las flores con los mefíticos vapores de sus manipulaciones químicas y el ensuciador humo de sus fábricas. ¿Es extraño que las hadas nos miren con horror y se aparten de nosotros como nos apartamos de un reptil ponzoñoso?

No sólo devastamos cuanto más amable es para las hadas, sino que la mayor parte de nuestros hábitos y emanaciones les desagradan. Envenenamos el suavísimo aire con repugnantes vapores de alcohol y humo de tabaco. Nuestras indómitas pasiones levantan un contínuo flujo de corrientes astrales que las perturba y enoja con el mismo disgustos que tendriamos nosotros si nos vaciaran encima un cubo de agua infecta. Para los espíritus de la naturaleza la cercanía del hombre ordinario equivale a estar bajo la furia de un huracán que soplara en una sentina. No son ángeles con el perfecto conocimiento a que acompaña la perfecta paciencia, sino que son como niños inocentes y algunos de ellos cual juguetones gatitos excepcionalmente inteligente. Por otra parte, ¿es extraño que nos repugnen, rechacen y eviten si por costumbre ultrajamos sus más nobles y elevados sentimientos?

Se conocen dos casos en que a causa de excesiva intrusión o molesta por parte del hombre, mostraron las hadas notoria malicia y se desquitaron del daño. Esto denota que, por lo general, no obstante las insoportables provocaciones del hombre, raras veces se encolerizan las hadas, pues su acostumbrado procedimiento de repeler a un intruso es hacerle víctima de alguna broma a menudo puerilmente pesada, pero nunca gravemente dañosa. Se gozan en extraviar o engañar al intruso, haciéndole perder el camino al cruzar un pantano, manteniéndole dando vuelta de círculo toda la noche mientras cree que anda en derechura, o forjándole la ilusión de que ve palacios y castillos en donde no

hay tales. Varios cuentos y leyendas sobre esta curiosa característica de las hadas subsisten tradicionalmente entre los aldeanos de casi todas las comarcas montesinas.

C. W. LEADBEATER.

La unión de las almas

LA humanidad ha perdido el camino de la verdad, y cada día se hace peor. El odio, el mal, la inmoralidad, la negación de la existencia de Dios, del alma y de su inmortalidad, progresan de contínuo. Es de la mayor importancia el detener al género humano en esta caida peligrosa y dirigirle al camino verdadero. Ninguna fuerza material puede hacerlo; pero las fuerzas espirituales de nuestras almas, que están en nosotros y a nuestras órdenes, pueden y deben hacerlo. Por eso me dirijo a las almas de todas mis hermanas y de todos mis hermanos espirituales, sin distinción de religión, de creencia, de raza, de situacíón y de medios de fortuna o de otra clase. Propongo que nos unamos y formemos la unión de las almas.

Todos somos miembros de una misma familia y tenemos un solo y mismo Padre, Dios, nuestro Padre divino, y en nosotros vive una parte ínfima de Dios.

Todos tenemos tendencias a aproximarnos a Dios, cada uno de nosotros sabe perfectamente que para acercarnos o El, debemos sentir y comprender claramente la gran verdad, la sola y la única para todos, que consiste no solamente en amar al prójimo, sino en el amor universal; es decir, que de nuestras tendencias *hacia el bien, lo bello y el amor*, debe excluirse todo lo que pueda ser contrario a Dios, lo cual significa que nuestro deber es combatir y vencer la impureza y el mal bajo todas sus formas, pero nunca el mal con el mal, sino sólo y siempre con el bien y el amor.

La unión que os propongo formar no tendrá nada de material. Es una unión puramente espiritual. Cada uno de vosotros o de vosotras que decida formar parte de esta unión debe creer en Dios, y por lo tanto en la existencia y en la inmortalidad de su alma. Debe creer que el bien, lo bello y el amor vencerán al mal, a lo feo y al odio. Vuestra fe debe ser inquebrantable; no seréis responsables ante nadie, sino que en vuestra alma haréis un pac-

to directamente con Dios, y decidiréis en vuestra alma servirle mostrando amor para todos y para todo lo puro, bueno y bello. Vuestra conciencia del alma os guiará en esta causa santa.

Teniendo en la pureza nuestra alma y nuestro cuerpo, llamando en nuestra ayuda a las almas de los que nos han dejado, todos nosotros, hermanas y hermanos de la unión de las almas, nos uniremos en el mismo trabajo, enfocando sobre toda la humanidad nuestras plegarias y nuestros pensamientos, provenientes de nuestras almas inmortales, llenas de bondad, belleza y amor; y paralizaremos el mal que nos rodea e influye sobre la vida de la humanidad. De una vez para siempre, debemos libertarnos de los prejuicios que existen hacia los hombres que no son de nuestra fe. Hay que recordar siempre que todas las religiones y que todas las creencias que admiten a Dios, la existencia y la inmortalidad del alma; que tratan de aproximarse a la verdad, no perturban la armonía del Universo. Así como los rayos del Sol, al pasar por un prisma de cristal dan por refracción colores diferentes, del mismo modo la sola y única verdad, pasando por un prisma distinto llega a la humanidad a través de diferentes ángulos y bajo diversos colores, y se manifiesta por diferentes religiones y creencias que reflejan esa sola y única verdad.

Mis palabras deben ser más comprensibles para las mujeres, cuyas almas son sensibles para todo lo que sea pureza, bondad y belleza; y que, como madres, sienten y comprenden el verdadero amor mejor que los hombres, estando siempre dispuestas a los más grandes sacrificios. Ellas sabrán transformar este amor en universal. Las mujeres tendrán el papel preponderante en la renovación, en la depuración de la humanidad y en su dirección por la vía de la verdad.

Nuestra unión de las almas, no tendrá presidente, ni sede social, ni ninguna organización comparable a la de las sociedades y de las uniones corrientes. No se pedirá cotización alguna. Como he dicho ya, es una unión puramente espiritual.

Con ayuda de nuestra plegarias y de nuestros pensamientos análogos, el contacto entre nosotros y las almas de los que han desaparecido será completo. Las almas de los otros mundos siempre estarán dispuestas a ayudarnos en nuestra causa santa, pero sólo pueden hacerlo por medio de nosotros para que su ayuda sea eficaz. Ellas nos darán las fuerzas necesarias para que nuestro trabajo sea fructuoso para toda la humanidad.

Aquellos que lean mi llamada y hagan suyo mi pensamiento,

(convirtiéndose en consecuencia en hermanos y hermanas de la unión), deben en primer término desarraigar de sí mismos todos los prejuicios contra los hombres de otra fe, de otra raza o de otro pueblo. Deben cultivar el amor hacia todo el género humano que sufre, sin distinción alguna. Deben ahogar los sentimientos de odio hacia quien quiera que sea. Estos son los primeros y principales pensamientos directores.

Debemos guiarnos por pensamientos principales de esa clase. Todos nosotros, hermanos y hermanas de la unión, debemos enviarlos mentalmente, por nuestra alma, al plano espiritual, de donde volverán a nuestro plano terrestre, reforzados por los que nos ayudan en los mundos superiores, afectando a los que han perdido el camino de la verdad.

Los que piensen y crean como yo, podrán enviar por escrito pensamientos directores, que deberán ser cortos y claros. De vez en cuando se publicarán en los periódicos.

Nuestra divisa es: El alma en el más alto y más puro concepto de esa palabra.

GRAN DUQUE ALEJANDRO DE RUSIA.

10, rue Henri Martín, Paris.

Lección de ocultismo



LA *Revista de Marina* ha publicado y el ilustrado *Diario de Cádiz* ha reproducido recientemente un notabilísimo discurso leido ante las cinco Academias que constituyen el Instituto de Francia por el Delegado de la de Ciencias Mr. Daniel Berthelot, cuyo discurso constituye una verdadera *lección de ocultismo*.

Con inspirada frase describe el eminente Berthelot cómo del fondo del silencio se elevan las voces de la tempestad y las a veces no menos tormentosas voces de los hombres; como circulan ondas invisibles, mensajeras de lo infinito, que hablan a todos los hombres, pero que muy pocos escuchan y comprenden. Esa es la base, ese el cimiento de la llamada Ciencia oculta, que brinda sus tesoros a todos los hombres y que muy pocos saben recoger y aprovechar. Esas voces que se elevan de la superficie de la Tierra, lanzadas por la naturaleza o por los hombres, es lo que pudiéramos llamar *La Voz del Silencio*, que solo es inteligible a los espíritus selectos.

La transcendencia ocultista del discurso y la belleza de la expresión nos mueve a reproducirlo y ofrecerlo al estudio, examen y detenida reflexión de nuestros lectores.

He aquí este trozo de espiritual ocultismo:

Señores:

Es uno de los momentos más angustiosos de la guerra, cuando la amenaza de los submarinos enemigos se hacía cada día más tenaz, visitaba yo uno de esos laboratorios improvisados donde algunos rebuscadores empedernidos, sostenidos por una fe invencible, trabajaban en dotar de armas nuevas a la defensa nacional.

En un jardín de los alrededores un cuadro de madera rectangular avecinaba con una batería de lámparas eléctricas. El amigo que allí me había conducido arregló el aparato, orientó el cuadro, y tendiéndome después un casco telefónico, me dijo: «Escuchad; vais a oir las llamadas que cambian entre sí los submarinos en el Báltico». Algunos minutos más tarde, volviendo el cuadro en otra dirección, añadió: «Ahora vais a escuchar los submarinos del Mediterráneo».

Después de largos meses de sostenido y silencioso trabajo llegó a obtener la finalidad deseada, y no olvidaré jamás la impresión que experimenté en el interior de un pequeño jardín de Suresnes al oir las llamadas misteriosas de aquellas lejanas máquinas de muerte que nos llegaban, a través de las olas y de los aires, a distancias de muchos millares de kilómetros tan claras, tan próximas se hubiese dicho, como el zumbido de las abejas que volaban sobre aquellas flores en esas primeras horas de una tarde verano.

Tres años más tarde, llegada la paz, asistía yo a un banquete en el que se celebraba el aniversario de la fundación de nuestra gran Escuela Superior de Electricidad. Estábamos en el «hall» de un gran hotel de París. A la hora de los brindis, en lugar de hablar, los convidados se callaron.

De pronto de una bocina de metal una voz se elevó, grave y pura, que llenó toda la sala. Era la de una artista que a una cincuentena de kilómetros de París, sobre esos bordes floridos del Sena, donde La Fontaine recogía en otro tiempo el eco melancólico de la queja de las ninfas de Vaux, cantaba para nosotros delante de una estación de telefonía sin hilos. Estos progresos maravillosos, cuando llegaron a ser públicos, entusiasmaron justamente a las multitudes. No eran, sin embargo, más que la conclusión lógica de una larga evolución.

Desde el día en que el genio de Branly nos dotó del ojo eléctrico capaz de percibir esas ondas para las cuales el ojo humano no tiene retina, los Iniciados se dieron cuenta de que se había abierto un camino por el cual se iría lejos, muy lejos. Surgieron entonces problemas tan numerosos que para resolverlos en tiempo ordinario hubieran sido precisas muchas décadas. La guerra abrevió tan laboriosa gestación, pues en todas las épocas de la Historia, tanto en el orden científico como en el orden político o social, ha sido grandioso y terrible privilegio de los conflictos armados, entre sangre y hierro, el nacimiento de los tiempos nuevos.

Como quiera que sea, entre las recientes conquistas de la ciencia quizá ninguna goce popularidad comparable a las de la telegrafía o la telefonía sin hilos. Y es que ninguna habla tan vivamente a la imaginación y ninguna, sabre todo, es tan fácilmente accesible a la generalidad.

Al lado de instrumentos delicados y precisos, obras maestras de nuestros mejores constructores, se ha visto surgir toda una floración de aparatos más sencilos, pero perfectamente suficientes para la práctica normal. Solamente en París, en los grandes almacenes, en los bazares populares, se vendían diariamente antes de la guerra más de 300 aparatos de telegrafía sin hilos. No era menor el movimiento en provincias. En cada ciudad, casi en cada pueblo, aficionados entusiastas sabían utilizar los balcones, las cañerías, los hilos telegráficos o telefónicos. El catedrático, el cura, el farmecéutico rivalizaban en estas luchas pacíficas. Los amigos de la telegrafía sin hilos se contaban ya por legión, y cada día centenas de millares de oidos acechaban los mensajes que a hora fija lanza a través del espacio la gruesa voz de la torre Eiffel.

Para aquel que se ha tomado el trabajo de aprender ese lenguaje secreto pocas distracciones tan cautivantes como aquella que consiste en recoger las vibraciones flotantes que circulan sin nuestro permiso en el aire que respiramos, voz de la Naturaleza, que anuncia la tempestad lejana, o voz de los hombres, que comunican entre sí.

Como muchos otros, yo pasaba entonces muhas horas escuchándolas. En la colina de Meudon, a la orilla de los bosques, se levanta una torre de unos 30 metros de altura, sobre la cual durante un cuarto de siglo mi padre prosiguió experiencias sobre la electricidad atmosférica y la vegetación. Hoy esa pila de ladrillos, visible desde muchos puntos de la llanura parisién, es frecuente-

mente utilizada como punto de marcación por los aviadores. En esta época misma no es raro verlos pasar por enjambres de cinco o seis en hilera yendo de los campos de Euc o de Villacoublay a los de Issy-les-Moulineaux o de Bourget. A veces al atardecer algún globo dirigible viene a caminar casi a ras del suelo y con sus telas amarillas, que inflama el sol poniente, se le tomaría por algún gigantesco pez de oro del Océano aéreo.

Hace ya diez años, de lo alto de esta torre a los árboles vecinos había yo tendido una red de alambres e instalado aparatos para escuchar los ruidos precursores y las señales de la telegrafía sin hilos. Me complacía en subir allá las noches del estío.

La magnificencia del espectáculo nocturno se muestra en ese lugar incomparable. En el fondo del valle se extiende la inmensa aglomeración parisien, con sus millares de luces. Desde allí se distinguen las líneas rectas de las avenidas, las paralelas de los puentes, los puntos aislados de las casas. Al lado de los fuegos verdosos de las lámparas de Mercurio, marcando las fábricas de Trillancour, brillan las luces y los discos rojos o el ferrocarril; más lejos la amarillenta claridad de los mecheros de gas palidece en el resplandor violáceo de los arcos eléctricos o en la irradiación de gigantescos anuncios naranjados, esperando el momento, próximo sin duda, en que los reclamos luminosos vendrán a hacer en el cielo concurrencia a las estrellas.

Allá arriba el silencio es absoluto. Ninguno de los mil ruidos de París sube hasta la torre solitaria; pero hacia las nueve y media se escuchan a diario las voces de la noche. Cubierta la cabeza con un casco telefónico basta desplazar lentamente sobre una gran bobina vertical un cursor de cobre y el oido recogerá la experiencia.

Del fondo del silencio se eleva un silbido casi imperceptible al principio, que llega a ser más y más claro; las llamadas rítmicas, las notas breves o largas del alfabeto Morse transmiten palabras inglesas. Es la estación de Poldhu, que de la costa occidental de Cornouailles a la punta extrema de Inglaterra envía por señales Marconi las cotizaciones de la Bolsa y las noticias del día a los grandes trasatlánticos con rumbo a Nueva York.

Empujo el cursor. Se va extinguiendo el silbido. Un cascabeleo lo reemplaza y poco a poco se hace éste más distinto. Sus sonidos intermitentes lanzan términos alemanes. Estoy sintonizado con una estación de Norddeich, que desde la embocadura del Elba comunica con los barcos del Báltico y del mar del Norte.

Subo unos centímetros el cursor sobre la columna de bronce.

El cascabeleo se debilita como el de un carruaje que se aleja sobre un camino; un rumor de fritura le sucede, y es Barcelona y son los cánticos de la lengua española los que escucho.

Bajo esa pieza; ya oigo ruidos de tambor; los fuertes de gran altura de los alrededores de París, Mont-Valecien, Buc, Palaiseau, se responden; pero aunque emplean mi lengua natal, su conversación me escapa; es el ejercicio de estaciones secretas.

De repente un ruido violento estalla; una chispa salta e ilumina con un verde relámpago la cámara negra. Mi imponente vecina la torre Eiffel acaba de entrar en acción y ha desarreglado el receptor.

Con algunas vueltas de tornillo lo coloco de nuevo en su lugar y, remontando de un tirón el cursor, que había llegado al límite bajo de su carrera, hago desfilar de nuevo a toda velocidad el zumbido de Barcelona, las campanas lejanas de Norddeich, la flauta aguda de Poldhu.

Así, de Norte a Sur, de Oeste a Este, las voces nocturnas se cruzan y se responden. Perpetuamente el espacio está surcado por estas ondas invisibles que sobre la superficie dormida de la tierra se siguen algunos kilómetros las unas de las otras, parecidas a las arrugas concéntricas que engendra la piedra arrojada en el agua tranquila de un estanque. A la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo caminan, inapercibidas en casi todas partes, conmoviendo solamente aquí y allá las membranas de los teléfonos que las esperan.

Sin embargo, en el negro cielo las estrellas brillan, como si la Naturaleza no tuviese más que un solo medio para hacerse escuchar, envían ellas su luz por ondas semejantes a las de la telegrafía sin hilos. Espectógrafos delicados las reciben en el fondo de telescopios, y allí nuestros ojos no perciben más que una confusa armonía, revelan ellos una infinidad de notas distintas, lenguajes secretos de los átomos, sollozo da la materia que muere lanzando en el vacío queja monótona, eternamente la misma desde hace siglos. Sólo el rumor humano, tan diverso, tan matizado comó nuestras alegrías y nuestros dolores, como nuestras pasiones y nuestros caprichos, no se repite dos veces. Todas las tardes se transmite de continente a continente, rodando y desgranándose en grandes olas etéreas por la superficie de la tierra y los mares, antes de perderse en el cielo indiferente.

Así, en cualquier lugar del globo que estemos, en la paz de los campos como en el bullicio de las ciudades, sobre la plaza pública como entre las cuatro paredes de una alcoba, estamos bañados

por un océano de ondas invisibles. Mensajeras de lo infinito, ellas hablan a todos los hombres; pero bien pocos saben escucharlas.

Ningún ejemplo como éste nos hace comprender mejor el sentido profundo del viejo adagio que quiere que «todo esté en todo». Esta aserción, sin duda filosófica, hombres de ciencia la han repetido a porfía; pero es preciso confesarlo: cuando se nos dice que basta levantar la mano del suelo para cambiar la intensidad de la gravitación en Sirius o, más modestamentes, arrojar una piedra en el agua del Sena para hacer subir el nivel del Océano en San Francisco, nos parecen esas verdades demasiado bellas para ser del todo reales. Podrá convencerse nuestra razón, nuestra sensibilidad permanece rebelde.

Por el contrario, la telegrafía, la telefonía sin hilos muestran al más excéptico con qué facilidad, con qué precisión se pueden recoger esas miriadas de efluvios que en cada instante, en cada punto de la tierra se cruzan y se penetran. De las innumerables conversaciones que se cambian en este instante en Páris no hay una que no atraviese esta sala, no hay una que no pueda ser cogida por medio de un amplificador conveniente.

Y claro es: como resultado de todo esto sube una pregunta a nuestros labios. ¿Cómo dudar que existan en el Universo una infinidad de otras vibraciones aún ignoradas por nosotros y que nuestros hijos descubrirán a su vez? ¿Será verdad, como creían la mayor parte de los sabios del siglo XVIII, que las manifestaciones nerviosas no son más que una forma biológica de los fenómenos eléctricos? Yo no lo sé.

Nuestra ciencia, como la de nuestros padres, no está todavía en estado de responder a esta dificil pregunta; a lo sumo solo podrá decir que los descubrimientos modernos sobre las terminaciones de las fibras nerviosas no están en contradicción de esta hipótesis; bien lejos de ello. No tendría nada de sorprendente, si así fuere, que el pensamiento humano se manifestase al exterior bajo forma de ondulaciones eléctricas anólogas a las de la telegrafía sin hilos, no poniendo en juego, como ésta, más que infimas cantidades de energía y capaces a su vez de ser acusadas por detectores suficientemente sútiles. Tales ondulaciones serían también sometidas a las leyes del número y del ritmo, que según la antigua concepción griega, dominarían el mundo moral como el mundo físico.

¡Quizás nuestros sucesores encontrarán esas relaciones simples que Pitágoras reconoció el primero al oir chocar sobre el yunque el martillo del forjador! ¡Quizás les será dado penetrar,

en fin, el sentido del enigmático razonamiento de Platon, desesperación de comentaristas, cuando el gran filósofo, después de una larga discusión, concluyó diciendo que existe una relación matemática entre lo justo y lo injusto y que esa relación es igual al número 729!

DANIEL BERTHELOT.

Delegado de la Academia de Ciencias de Paris

Metafísica transcendental (1)

II



poco que discurramos veremos en lo Manifesjado de lo Absoluto dos grandes esferas: lo manifestado propiamente dicho, o Diferenciado de Aquello que no se diferencia y lo que, por no diferenciarse de Aquello, permanece siendo siempre homogéneo y uno con Ello. Daremos a lo segundo el nombre de Indiferenciado y a la primero el de Diferenciado.

Lo diferenciado es el Universo entero como materia; el Universo material en donde todos estamos y existimos, en donde todos somos, vivimos y nos movemos como hechos, como fenómenos, como efectos. Y por esto lo Diferenciado tiene las categorías de Múltiple, Complejo, Perfectible, Irreal, Temporal y Finito completamente opuestas y contrarias a las que en breve estudiaremos en lo Indiferenciado.

Esto, lo Indiferenciado de lo Absoluto, es aquella substancia o esencia, que ya lo hemos dicho, permanece Una, Pura y Homogénea con Aquello Manifestado de lo Absoluto; y es por lo tanto la Causa, Raiz y Origen de lo Diferenciado.

Entre ambos términos de lo Manifestado, es decir, entre aquella Substancia, Esencia, Raiz, Fundamento, Principio, Causa y Razón (lo Indiferenciado) y este efecto, hecho fenómeno o universo (lo Diferenciado) ha de existir necesariamente una Ley o Relación que liga, une, enlaza y conexiona la Causa con el Efecto, el principio con el Hecho, el Fundamento con el Fenómeno, la Raiz con el Fruto, la Substancia con la Materia; en una pala-

(1) Véase el número de Febrero.

bra: lo Indeferenciada con lo Diferenciado. A esta ley o relación, es decir a lo diferenciable es a lo que llamamos Vida, Energía, Potencia o Fuerza. Tal es la Diferenciación de lo Diferenciable en Diferenciado. El cómo de esta diferenciación, caida o involución del Espíritu en la Materia, y el cómo de aquella rencción, elevación, ascensión o evolución de la Materia hacia el Espíritu; es decir, de io Indiferenciado cayendo en lo Diferenciado y de lo Diferenciado subiendo hacia lo indiferenciado es lo que más adelante estudiaremos.

Establezcamos ahora las categorías propias de la Esencia indiferenciada y pura, frente a las de la Esencia diferenciada en Vida, Energía y Materia.

Lo indifenciado de lo Absoluto, la Vida una como pronto la denominaremos, no tenemos más remedio que concebirla como idéntica consigo misma, homogénea, pura y absoluta. Si faltase algunas de estas cuatro propiedades en la Esencia indiferenciada dejaría de ser tal Substancia Primordial indiferenciada. Lo distinto, lo heterogéneo, lo impuro y lo concreto, lo son por haberse diferenciado de lo idéntico, puro y abstracto. Luego esto es *per se*. Y como lo idéntico, homogéneo, puro y abstracto son los elementos necesarios de lo Uno, de aqui que la Substancia Primordial en su primer aspecto de esencia indiferenciada tenga por la categoría *La Unidad*.

Ahondando más en estas categorías de lo indiferenciado podremos observar que no tiene más remedio que ser (pues se impone a nuestra conciencia) indivisible, positiva, inmanente, inmutable e inmaterial. Supongamos, en efecto, que pudiera ser divisible en porciones. Pues entonces, sería material, toda vez que únicamente la materia consta de artes, y deja en el acto de ser indeferenciado. Imaginemos ahora que fuese mudable. Pues, entonces, como todo lo que muda y cambia se diferencia, no podría de ninguna manera continuar siendo indiferenciado. E igualmente ocurriría si fuese negativa, material o compleja. Y como quiera que lo indivisible, positivo, inmanente, inmutable e inmaterial son los elementos de lo Simple nos vemos obligados a reconocer como segunda categoría de lo indiferenciado a *La Simplicidad.*

Lo Indiferenciado de la Substancia es también íntegro, armónico y total, porque si algunas de estas cualidades faltara en Ello sería distinto, inarmónico o parcial; y en cualquiera de estos casos dejaría de ser Unico y Simple, es decir Indiferenciado. Pero la integridad, la armonía y la totalidad implican Perfección; luego

se impone considerar como tercera categoría de lo Indiferenciado a *La Perfección.*

Siendo como es lo Indiferenciado de la Esencia Causa sin causa, Raiz sin raiz, Fundamento y origen de todo, tenemos que reconocer que ello no tiene principio, ni tiene fin; y es por lo tanto, permanente, indestructible e increado. Imaginemos, en efecto, que no atesorase algunas de estas cualidades. Supongamos que hubiera tenido un principio en el tiempo o en el espacio. Entonces dejaría de ser Causa sin causa; pues anteriormente a ello habría existido la Causa o Raiz que de ella surgió, y tendría necesariamente un fin. Es decir, no sería parmanente, ni indestructible ni increado. Y como estas propiedades (Sin Principio, Sin Fin, permanente, indestructible e increado) son los elementos de lo Eterno, nos vemos obligado a reconocer como cuarta categoría a *La Eternidad.*

Además por ser Ello Substancia indiferenciada se observa que es Esencial, Potencial y Substancial, frases de un significado tan aproximado que casi son equivalentes, y cuyo conjunto constituye aquella categoría de lo Indiferenciado que podemos llamar *La Realidad,* la Unica Realidad.

Finalmente, estas cinco categorías de lo Indiferenciado son infinitas. Si algunas de ellas fuera finita desaparecería en el acto la Esencia indiferenciada. Nos vemos, pues, obligados a reconocer y proclamar que es Infinitamente Una, Infinitamente Simple, Infinitamente Real e Infinitamente Eterna. Es decir, infinitamente infinita. Siendo, pues; la sexta categoría de la Esencia, *lo Infinito.*

Estas seis categorías en Una, que constituyen el septenario de la Esencia, pueden contemplarse con toda claridad en el siguiente cuadro sipnótico (esquema 2.°) de lo Absoluto en el que también aparecen aquellas otras categorías de la Esencia diferenciada en Vida y Materia. Invitamos a nuestros lectores que mediten intensamente acerca de las mencionadas categorías; pues esta meditación les conducirá en su día a formular aquella plegaria o súplica al Maestro:

Condúceme de las Tinieblas a la Luz, ¡oh, Maestro! Es decir, de lo múltiple a *Lo Uno*, de lo complejo a *Lo Simple*, de lo perfectible a *Lo Perfecto*, de lo temporal a *Lo Eterno*, de lo finito a *Lo Infinito*, de lo irreal a *Lo Real.* En una palabra: del hombre a Dios.

Inmanifestado.=Absolutamente incognoscible.

- Absoluto
  - Manifestado
    - Indiferenciado
      - Uno
        - Puro
        - Idéntico
        - Homogéneo
        - Abstracto
      - Simple
        - Indivisible
        - Positivo
        - Inmanente
        - Inmutable
        - Inmaterial
      - Perfecto
        - Integro
        - Armónico
        - Total
      - Real
        - Esencial
        - Potencial
        - Substancial
      - Eterno
        - Sin principio
        - Sin fin
        - Permanente
        - Indestructible
        - Increado
      - Infinito
        - Infinitamente uno
        - Infinitamente simple
        - Infinitamente perfecto
        - Infinitamente real
        - Infinitamente eterno
        - Infinitamente infinito
    - Diferenciado
      - Múltiple
      - Complejo
      - Perfectible
      - Irreal
      - Temporal
      - Finito

CÉSAR BORDOY.

PENSAMIENTO

Una lectura hermosa, meditada; es un diálogo mudo entre dos almas que se confunden en una.

. ...Ideas buenas tiene toda mente honrada, cuya publicidad teme, sin embargo, más que a disparar un arma en poblado o soltar una fiera entre chiquillos. Todos los venenos de Borgias y Médicis son nada ante el alcaloide letal que puede destilar de una pluma sincera. Ideas hay—las más excelsas—que no bien se lanzan cuando ya están mancilladas con el cieno de los malos entendedores. (Hacia la Gnosis.—M. Roso de Luna).

Teosofía y Sociedad Teosófica (1)

II

Sociedad Teosófica



A abnegada Maestra H. P. Blavatsky define la Sociedad Teosófica y concreta su misión en la obra doctrital «La Clave de la Teosofía», expresándose en los términos siguientes:

«Así como ha existido la Teosofía eternamente, a través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir, porque Teosofía es sinónimo de VERDAD ETERNA.»

«Los miembros de la Sociedad Teosófica pueden, en general, profesar la religión o filosofía que tengan por conveniente, o ninguna, si así lo prefieren, siempre que simpaticen con uno o más de los tres objetos de la Asociación y estén dispuestos a sostenerlos. «La Sociedad es una Corporación filantrópica y científica» para la propagación de la idea de «fraternidad en el terreno práctico en vez del teórico. No importa que los Miembros sean Cristianos o Musulmanes, Judíos o Parsis, Buddhistas o Brahmanes, Espiritualistas o Materialistas»; pero cada miembro tiene que ser un filántropo, o un estudiante investigador de la literatura Aria y otras antiguas, o dedicarse a las Ciencias psíquicas. Debe, en una palabra, «contribuir, si puede, a la realización de uno de los objetos del programa, por lo menos». De otro modo, el ingresar como «Miembro» no tendría razón de ser. «Tal es la mayoría de la Sociedad exotérica», formada por miembros «adheridos» y «sueltos» (2) «Estos pueden llegar a ser teósofos» de hecho o no. Son miembros por el hecho de pertenecer a la Sociedad, más «no puede esta última convertir en Teósofo a una persona que no tiene el sentido de las cosas divinas o que aprecia las cosas de la Teosofía de una manera particular suya (sectaria, si es que puede usarse esta expresión, o egoista»). El dicho «generoso es quien obra generosamente» podría para fra-

---

(1) Véase el número 14 de ZANONI, correspondiente a Febrero último.

(2) «Miembro adherido» es el que forma parte de una Rama de la S. T., y «Miembro suelto» el que pertenece a la S. T., pero no está afiliado a Rama o Grupo alguno.

searse en este caso, y diríamos: «Es Teosófo todo aquel que *vive y practica* la Teosofía».

Los fines de la Sociedad Teosófica han sido tres desde su comienzo:

1.° «Formar un núcleo de la Fraternidad Universal de la Humanidad», sin distinción de raza, color, sexo o credo.

2.° «Fomentar el estudio de las Escrituras, de las Religiones y las Ciencias del Mundo, tanto Arias como las otras, y reivindicar la importancia de la antigua literatura Asiática, y principalmente de las filosofías Brahmánica, Buddhista y Zoroastriana».

3.° «Investigar los misterios ocultos de la Naturaleza» bajo todos los aspectos posibles, y los poderes psíquicos y espirituales latentes, especialmente en el hombre. »

Tales son en sus líneas generales, los tres objetos principales de la Sociedad Teosófica.

Con relación al primero de los fines de la S. T., debe hacerse constar que una de las más graves causas que se oponen al desarrollo de la Fraternidad Universal de la Humanidad es «el egoismo propio de la naturaleza humana». En vez de combatirse ese egoismo, cada día adquiere mayor fuerza y es estimulado por la educación religiosa actual, convirtiéndose en un sentimiento feroz e irresistibla, que dicha educación no solo tiende a fomentar, sino a justificar positivamente. «Las ideas de las gentes respecto al bien y al mal han sido pervertidas por completo, por la aceptación literal de la Biblia Hebráica». Todo el desinterés de las doctrinas altruistas de Jesús se ha convertido en tema puramente teórico para la oratoria del púlpito, mientras que los preceptos de «egoismo práctico enseñados en la Biblia Mosaica», contra los que el Cristo predicó tan en vano, se han incrustado en la vida más íntimas de las naciones occidentales. «Ojo por ojo y diente por diente» ha venido a ser la primera máxima de sus leyes. Pues bien; declaro abiertamente y sin temor—dice la Maestra—que «solo la Teosofía puede estirpar ja perversidad de esa doctrina, así como la de tantas otras», para lo que bastará demostrar sencillamente, en el terreno lógico, filosófico, metafísico y hasta científico que, *a)* Todos los hombres tienen, espiritual y físicamente, el mismo origen, lo que constituye la doctrina fundamental de la Teosofía. *b)* Que teniendo la humanidad una misma y única esencia y siendo esa esencia una—infinita, increada y eterna, ya la llamemos Dios o Naturaleza—nada, por lo tanto, puede afectar a una nación o a un hombre, sin afectar a todas las

demás naciones y a todos los demás hombres. Tan cierto y obvio es esto, como el que una piedra tirada en un estanque pondrá en movimiento, pronto o tarde, toda gota de agua en él contenida.

Esta doctrina es puramente *Cristiana*, aunque *no* Judaica, y por consiguiente quizás prefieran ignorarla las naciones Bíblicas.

Para probar esta afirmación bastará recordar que se atribuyen al Cristo estas palabras: «Amaos unos a otros» y «Amad a vuestros enemigos», pues «si solo amais a aquellos que os aman, ¿qué mérito tenéis? ¿Acaso los publicanos mismos no lo hacen? Y si sólo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué más hacéis que los demás? ¿No lo hacen acaso los mismos publicanos?». Estas son las palabras de Cristo; pero el Génesis (IX, 25) dice: «Maldito sea Canaan: siervo de los siervos será entre sus hermanos». Y la gente cristiana, pero bíblica, prefiere lay ley de Moisés a la ley amorosa de Cristo. Basan en el «Antiguo Testamento», que se presta a todas sus pasiones, sus leyes de conquista, anexión y tirania respecto de las razas que llaman *inferiores*. Sólo la Historia puede darnos una idea, aunque imperfecta, de los crímenes cometidos con el apoyo de ese pasaje infernal del Génesis, tomado al pie de la letra.

En cuanto al segundo de los fines que la S. T. persigue, procura cumplirlo «reuniendo para la Biblioteca de nuestro Centro General de Adyar, Madrás (y los miembros de las Ramas para sus bibliotecas locales) todas las mejores obras que podamos, acerca de las religiones del mundo, presentando por escrito informes correctos sobre las varias filosofías, tradiciones y leyendas antiguas, difundiéndolas prácticamente por medio de la traducción y publicación de obras originales de valor, extractos y comentarios sobre las mismas e instrucciones orales de personas versadas en sus respectivos conocimientos.

El tercer objeto de la S. T. se cumplen también «por medio de publicaciones, en los puntos en donde no son posibles las reuniones y enseñanzas personales. Nuestro deber es conservar vivas en el hombre sus intuiciones espirituales y oponernos y combatir, después de la debida investigación y prueba de su naturaleza irracional, la superstición en todas sus formas, religiosa, científica o social, y la hipocresía sobre todo, sea como espíritu religioso de secta, o como creencia en milagros o cualquier cosa sobrenatural Lo que hemos de tratar de conseguír es el

conocimiento de todas las leyes de la naturaleza y difundirlo y fomentar el estudio de esas leyes menos comprendidas por la gente moderna, las llamadas Ciencias Ocultas, «basadas en el verdadero conocimiento de la naturaleza», en vez de serlo, como al presente, «en creencias supersticiosas, fundadas en la fe ciega y en la autoridad». Aunque fantásticos, a veces los conocimientos y tradiciones populares, después de depurados, pueden llevarnos al descubrimiento de importantes secretos de la naturaleza, perdido hace mucho tiempo. La Sociedad, por lo tanto, al seguir esa línea de investigación, espera ensanchar el campo de la observación científica y filosófica.

Los teósofos, para serlo realmente, «tienen que conseguir que su *Divino Yo* sea el guía de todo acto y pensamiento suyo, cada día y en cada momento de su vida. Un verdadero Teósofo debe «conducirse con justicia y caminar humildemente», entendiendo por ello sencillamente que ha de olvidarse de sí mismo por los demás. Copiaré las palabras - dice la Maestra—de un verdadero Filaleteo, miembro de la S. T., que lo ha expresado admirablemente en «The Theosophiat». «Lo que cada hombre necesita ante todo, es estudiarse a sí mismo y hacer entonces un honrado inventario de su dominio subjetivo, y por malo que éste sea, cabe la redención si con verdadera resolución se propone alcanzarla». ¿Pero cuántos lo hacen? Todos están dispuestos a trabajar por su propio desarrollo y progreso de los demás. Citemos de nuevo al mismo autor: «Los hombres han sido engañados y burlados en demasía; tienen que destruir sus ídolos, dejarse de ficciones y trabajar para ellos, (y aquí se ha dicho algo de más o menos, porque el que trabaja para sí mismo mejor le valdría no hacer nada); que trabaje, al contrario, para los demás, para todos. Por cada flor de amor y caridad que plante en el jardín de su vecino, desaparecerá una mala yerba del suyo, y de este modo la Humanidad, este jardín de los dioses, podrá florecer. En todas las Biblias, en todas las religiones encontramos este concepto claramente expuesto; pero hombres de mala fe lo han desnaturalizado primero, y corrompido y materializado después. No se requiere una nueva revelación. Que cada hombre sea para sí mismo una revelación; que el espíritu inmortal del hombre tome posesión del templo de su cuerpo; que expulse del mismo a los mercaderes y demás impurezas, y su propia humanidad divina le redimirá, porque cuando esté unido con sí mismo, entonces conocerá al «Arquitecto del Templo».

Esto es altruismo, y si solo un Miembro de la S. T. entre diez quisiera practicarlo, sería indudablemente nuestra Sociedad un Cuerpo de elegidos. Pero entre los que no forman parte de la Sociedad hay quienes no verán jamás la diferencia esencial que existe entre la Teosofía y la Sociedad Teosófica; entre la idea y su representación imperfecta. Semejantes personas harán recaer cada falta, cada imperfección del vehículo (el cuerpo humano) sobre el espíritu puro que arroja en él su divina luz. ¿Es esto justo? Atacan a una Asociación que lucha por la propagación de sus ideales contra tremendas fuerzas contrarias. Algunos desacreditan y calumnian a la Sociedad Teosófira, sólo porque se atreve a intentar conseguir lo que otros sistemas (la Iglesia y el Estado cristiano principalmente) no pudieron lograr, habiendo fracasado por completo en su intento; otros, porque quisieran conservar el estado de cosas existente: Fariseos y Saduceos en el lugar de Moisés, y publicanos y pecadores gozando y disfrutando en los altos puestos, como bajo el Imperio Romano durante su decadencia. Las personas de sano y recto juicio debieran al menos tener en cuenta que el hombre que hace todo cuanto puede, hace tanto como aquel que más ha conseguido, en este mundo de relativas posibilidades. Esto es un axioma para los creyentes en los Evangelios, explicado en la parábola de los talentos entregados por el amo. El servidor que dobló sus *dos* talentos fué recompensado tanto como el otro compañero suyo, que había recibido *cinco*. A cada cual es dado «según sa capacidad».

Es difícil fijar una línea de demarcación entre lo abstracto y lo concreto en este caso; pero entonces ¿por qué hacer una excepción al tratarse de la Sobiedad Teosófica? La justicia, lo mismo que la caridad, debe empezar en la propia casa. ¿Atacaréis el «Sermón de la Montaña» y os burlaréis del mismo porque las leyes sociales, políticas y hasta religiosas, no solamente no hayan conseguido hasta ahora poner en práctica sus preceptos en su espíritu, pero ni siquiera en su letra muerta? Suprimid el juramento en los Tribunales, Parlamentos, Ejércitos y en todas partes y haced lo que hacen los Quákeros, si *queréis* llamaros cristianos. Suprimid los Tribunales mismos, pues si queréis seguir los Mandamientos de Cristo, habéis de dar vuestro abrigo al que os hubiera despojado, y presentar la mejilla izquierda al que os hiriera la derecha. «No os rebeleis contra el mal, amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os hacen sufrir, haced el bien a aquellos que os odian», pues «el que infriga en lo más mínimo esos Mandamientos y así enseñase a hacerlo a los hombres, lla-

mado será el último en el Reino de los Cielos», y el qne llamase loco a su hermano, estará en peligro del fuego infernal». No juzgueis a nadie si no queréis ser juzgados. Si se insistiese en que entre la Teosofía y la Sociedad Teosófica no existe diferencia, se exponen el sistema Cristiano y su esencia misma a iguales acusaciones.

La Sociedad Teosófica es una gran corporación de hombres y mujeres, compuesta de las más heterogéneos elementos La Teosofía en su significación abstracta es la Sabiduría Divina o la síntesis de la ciencia y sabiduría que sostienen el Universo, la homogeneidad del eterno BIEN; y en su sentido concreto, sólo es la suma total del mismo concedida al hombre por la Naturaleza en esta tierra. Algunos miembros se esfuerzan sinceramente en vivir de verdad la Teosofía, objetivándola, por decirlo así; mientras que otros desean solamente saber, sin practicar, y los hay también que han entrado en la Sociedad únicamente por curiosidad o por interés pasajero, o quizás porque alguno de sus amigos formaba parte de la misma, ¿Cómo puede juzgarse, por lo tanto, el sistema con el criterio de los que quieren ostentar el nombre del mismo sin derecho ninguno a ello? ¿Hemos de juzgar a la poesía únicamente por los que pretenden ser poetas y solo hieren nuestros oidos? Sólo en sus objetos o motivos abstractos puede considerarse a la Sociedad como representación exterior de la Teosofía; jamás podrá pretender ser su vehículo concreto mientras las debilidades e imperfecciones humanas todas se encuentren en ella; de otro modo la Sociedad no haría más que repetir el gran error y los sacrilegios de las llamadas Iglesias de Cristo. Si se nos permite una comparación oriental, diremos que la Teosofía es el Océano infinito de la verdad universal, del amor y sabiduría que se refleja en la tierra, mientras que la Sociedad Teosófica es tan solo una burbuja visible de ese reflejo. La Teosofía es la divina naturaleza, visible e indivisible, y la Sociedad que lleva su nombre, la humana naturaleza esforzándose en elevarse hasta la primera. La Teosofía, en fin, es el sol fijo y eterno y su Sociedad el cometa que trata de entrar en su órbita para convertirse en planeta, girando eternamente bajo la atracción del sol de la verdad. Fué formada para ayudar a demostrar a los hombres que existe una cosa llamada Teosofía, dándoles medios de alcanzarla, elevándose hacia ella por el estudio y la asimilación de sus eternas verdades.

La Sociedad no posee una sabiduría propia que defender o enseñar. Es simplemente el receptáculo de todas las verdades emi-

tidas por los grandes videntes, iniciados y profetas de las edades históricas y hasta prehistóricas, al menos de tantos como puede reconocer. Es, por consiguiente, tan sólo el órgano por el cual los fragmentos de la verdad que se encuentran en las acumuladas enseñanzas de los grandes Maestros del Mundo, son recogidos y expuestos a los hombres.

La innegable existencia de grandes iniciados—verdaderos «Hijos de Dios»—demuestra que tal sabiduría ha sido alcanzada a menudo por individuos aislados; jamás, sin embargo, sin la dirección de un Maestro. Pero muchos de los discípulos, convertidos a su vez en instructores, han reducido la universidad de las enseñanzas a la medida de sus propios dogmas sectarios. Los mandamientos de un solo Maestro elegido, fueron adoptados y seguidos con exclusión de todos los demás (si es que fueron seguidos, téngase esto en cuenta, como sucede con el Sermón de la Montaña). Cada religión es, por lo tanto, un fragmento de la verdad divina, que alumbra un vasto panorama de la humana fantasía y pretende representar y reemplazar a aquella verdad.

La Teosofía no es, seguramente, una religión que es la esencia de toda religión y absoluta verdad, una gota de la cual alimenta a cada credo. Empleando de nuevo una metáfora, diremos que la Teosofía en la tierra es como el rayo blanco del espectro solar, y cada religión es solamente uno de los siete colores prismáticos. Ignorando a todos los demás y tachándolos de falsos, no sólo reivindica cada rayo de color la prioridád, sino que sostiene que es *el rayo blanco mismo*, y anatematiza hasta sus mismos matices, desde los claros hasta los obscuros, como heregías· Sin embargo, como el sol de la verdad se eleva cada vez más en el horizonte de la percepción del hombre y cada rayo de color se desvanece gradualmente hasta que por último es reabsorvido, no será ya al fin atormentada la humanidad con polarizaciones artificiales, sino que podrá gozar de la pura y blanca luz de la verdad eterna, y esta será la Teosofía.

BLAVATSKY.



Al margen de una escisión

Carta abierta al señor Wadia

(Conclusión)

No sería empresa difícil encontrar argumentos meramente intelectuales para refutar cada uno de los cargos que lanzáis con tanta desenvoltura contra la Sociedad Teosófica, sus directores y sus miembros; probablemente, si no pusiéramos a ello también nosotros encontraríamos innumerablas imperfecciones en la fábrica de nuestra sociedad. Ninguno de nosotros es tan incauto o tan locamente ciego, que no sea capaz de apreciar las limitaciones y defectos de nuestra Sociedad; y somos tan entusiastas en nuestro deseo de descubrir nuestra debilidad, como cualquier crítico meramente destructivo. Opinamos que, para ser reales y sinceros teósofos, se debe aceptar con gusto toda crítica amistosa y constructiva, basada en un sentimiento real de fraternidad y amor a nuestra Sociedad. En el pasado, nosotros mismos nos hemos complacido con frecuencia en críticas vanas e irresponsables, las que, aunque no sin algún viso de verdad, no eran útiles paro el objeto criticado, ni fomentaban nuestro verdadero conocimiento de lo real. De hecho la función principal de esta forma de crítica, consiste en que sostiene nuestra vanidad y mantiene nuestro amor propio.

A tuestra sociedad nunca le han faltado críticos, y tenemos la creencia de que nunca le faltarán; todo Pedro, Juan y Diego que se considera quejoso, a causa de alguna molestia personal, o de alguna otra causa de disgusto, igualmente pueril, cree inmediatamente que es su solemne y sagrado deber correr a la prensa y satisfacer su vanidad herida en virulento lenguaje. Otro hecho que se nota, es que los tales detractores siempre se presentan como no faltándoles un motivo grande y noble para su efusión de ultrajes. Invariablemente dicen ellos que «están sobre el elevado y sereno pico de la montaña, con sus pies plantados en la nieve eterna de la razón pura»; mientras que los desgraciadamente calumniados, están también invariablemente «jugando como niños con cáscaras vacías en el valle de la ilusión». Aunque nuestras facultades de crítica mordaz no las consideramos en modo alguno infertores a las vuestras, nosotros por nuestra partes deseamos permanecer fieles a esta Sociedad que condenais, aunque

muchos puedan haber desertado de ella para unirse a otras Sociedades que sin duda, a su vez, recibirán su severa desaprobación. Esperamos sínceramente, y deseamos recalcar esto especialmente, que la Sociedad siempre dará la bienvenida a toda crítica amplia, buena y generosa. Pero quisiéramos hacer notar, que todo deseo real y grande de aceptación de las críticas, se amortigua y se enfría cuando la acusación es ruda y vengativa. Ha sido una sorpresa para nosotros que aquellos que han sido tan asiduos en el estudio de las doctrinas teosóficas, en cuanto han sentido el más débil tumulto, olviden practicar lo que han aprendida tan laboriosamente. Es una pena que todos aquellos que rompen lanzas para perjudicar a la Sociedad Teosófica, pierdan toda idea de proporción y de sano juicio. Desde el momento en que se vuelven contra nuestra Sociedad, parecen ser incapaces de ejercitar el sentido común ordinario, que casi siempre solventaría dificultad que ellos mismos se han creado.

Muchas de las perturbaciones, tanto graves como triviales, creemos que han tenido sus comienzos en alguna queja o prejuicio personal, o en alguna tendencia particular, o por haberse pasado por alto la sensibilidad de alguno, a quien quizá se ha lastimado. Habiendo sido de ese modo heridos en sus personalidades, hay quienes se complacen en reunir cuantos elementos pueden para que la herida no se cierre; y preocupados continuamante con sus molestias, continúan construyendo una montaña de un montón de arena, en su imaginación. Tenemos la seguridad de que este proceso de gradual acarreo es completamente inconsciente en la mayor parte de los casos; y a medida que el tiempo transcurre, estas cuestiones puramente personales, se transforman en principios que afectan a los fundamentos mismos de la S. T.; llegando a convencerse así de que su deber es buscar prosélitos, promulgar sus prejuicios, y editar innumerables impresos. La lesión que al principio hubiera podido curarse con un poco de buena voluntad para juzgar impersonalmente, se ha hecho tan ancha que se ha hecho casi incurable. Entonces llega un momento en que se olvida todo: la anterior amistad, la gratitud, la reverencia, y esa cualidad tan esencial, la benevolencia. Y en este momento, algo tardío, se despliega la bandera de las impersonalidades. Es el instante en que aquellas personas sienten la necesidad de justificar sus discutibles actos, y descubren que ellas solas luchan por la verdad. Entonces se sigue la escisión triunfal, y el repentino y clamoroso descubrimiento del, a su juicio, único movimiento en que se puede seguramente buscar la verdad.

Finalmente, cansados de discusiones, críticas y glorificación de sí mismos, se dedican a indicar al mundo sumido en las tinieblas, cuanto más feliz sería si siguiese el sendero de la «verdadera Teosofía» tomándoles como modelos, ¡aunque no han aprendido aún a tratar a sus correligionarios teósofos como hermanos!...

Estamos en verdad familiarizados con los nobles ideales enunciados hacia el fin de vuestro folleto, puesto que, ¿no los hemos oido exponer, casi con las mismas palabras, de labios de nuestra asombrosa Presidenta, que ha reiterado tan espléndidos sentimientos innumerables veces? Pero aún aquí, los prejuicios del autor echan a perder los nobles sentimientos expresados. Esperamos nos dispenséis que digamos, que consideramos todo el folleto como una mezcolanza de semi-verdades y de prejuicios, y que ésto, a nuestro juicio, constituye su mayor peligro para aquellos que no están bien al corriente de todos los hechos. Todos nuestros amigos sentirán mucho que os hayáis lanzado a insinuaciones contra la legítima sucesora de H. P. Blavatsky, que es la Doctora Besant, y que no hayais visto la evidente sabiduría que hubiérais mostrado presentando francamente vuestro caso; pero quizá podáis considerar que esto sería cuastión de meras personalidades. Aunque no habéis mencionado siquiera una sola vez los nombres de la Doctora Besant y del obispo Leadbeater, en todo vuestro folleto acusatorio; sin embargo, todas las denigraciones contra el presente estado de la Sociedad Teosófica, son indudablemente censuras a nuestra gran Presidenta; y hay mucha alusiones, evidentes para todo teósofo, dirigidas contra el obispo Leadbeater. Ni una sola vez habéis mencionado ingenuamente los nombres de las personas contra quienes se dirige el ataque; aunque quizá este folleto sea el precursor de otros más abiertos.

Habéis hecho cierto número de afirmaciones sobre la E. S., olvidando, sin duda, la sagrada promesa que habeis prestado. Puesto que es ella una promesa religiosa, se nos hace duro reconocer que un indo la haya quebrantado. Sin embargo, las apariencias, mírese como se quiera, dan innegable testimonio del quebrantamiento de vuestra obligación de honor; y tenemos la seguridad de que esto producirá intenso remordimiento, por haberos entregado a tan aterradora conducta.

Quizá no atendáis a nuestro consejo de que en vuestro próximo folleto, querido Wadia, será mejor, para vos, que no empleis otra vez la desdichadísima frase de que «dejo la Sociedad Teosófica en interés de la Teosofía». Esta es seguramente una expresión de lo mas desgraciado.

Hemos contestado a vuestros asertos, no con la vana esperanza de convenceros, ni con motivo alguno vengativo, ni para sacar a relucir nuestras ideas favoritas para combatir las vuestras, ni con espíritu de controversia, sino para que podáis estar plenamente persuadido de que existe un punto de vista opuesto al vuestro, igualmente sincero, igualmente bien equilibrado e igualmente resultado de una aplicación intelectual honrada. Las discusiones formales que hemos tenido con tanta frecuencia, os convencerán de que no nos impulsa la fe simple y ciega. Hay naturalmente muchos aspectos en todas las cuestiones, y todos encontrarán mantenedores entusiastas, ecuánimes y pensadores; pero la gran necesidad del mundo hoy, en todas las ramas de la vida y del pensamiento, es el espíritu de unificación, puesto que la exageración del instinto separativo es responsable del presente caos, tan lleno de desesperación. Pongámonos como ejemplo. Somos tres que pensamos lo mismo en cuanto al objetivo eventual para cada uno de nosotros; los tres hemos salido del estrecho campo de influencia de la beatería religiosa; y sin embargo, cuando tratamos de los medios de realización, del sendero que debe seguirse hacia la meta, vemos entonces cuán pequeño ha sido el progreso de la demoledora influencia de la santurronería. ¿Por qué emplear tanto tiempo y la poca energía de que disponemos, luchando unos con otros sobre cual ha de ser la senda que hayamos de seguir, en el momento en que cada uno de nosotros necesita disponer de toda su energía para conseguir la entrada en un sendero, sea el que quiera? Reservemos nuestras débiles fuerzas para la única empresa realmente aterradora que se nos presenta en el camino, la de escalar las vertiginosas cumbres. ¿Cómo hemos de saber que nuestros dos senderos no hayan de reunirse tras de la loma, o que no se reunirán hasta llegar al difícil fin? ¿No podemos esperar para zaherirnos a llegar a esa cumbre, a las alturas mismas de Parabrahman?

La Teosofía es la «piedra angular» dé todas las religiones; y nosotros creemos que nuestra Sociedad es lo bastante tolerante para cobijar y dar asilo a los reformadores de todas las religiones. Cada reformador religioso aplicará la Teosofía a su religión, según su inspiración propia: así se producirá sin duda algún movimiento práctico; y suponemos que los intolerantes de la Sociedad, se opondrán a todos los movimientos de esa clase. Uno de nuestros más fervientes anhelos es que se origine en la India un movimiento que elucide y simplifique el Hinduismo, a la luz de la Teosofía; teóricamente, esto no encontrará gran oposi-

ción mientras tal anhelo no descienda del plano mental; pero, en cuanto una organización activa empiece a materializarlo y encuentre algunos entusiastas sostenedores, el hindú ortodoxo se unirá al teósofo intolerante en un común esfuerzo para aplastar tal reforma. En nuestra Sociedad se levantaría el grito de que la Sociedad Teosófica se está brahmanizando, que se está explotando la Teosofía en favor del Hinduismo, y otras quejas han de oirse, con las que ahora estamos familiarizados. La Teosofía, como decir, es la «Causa de la Madre Patria», como es la causa de todo país. Esta frase que habéis empleado, nos hace esperar, que nos concederéis vuestra to lerante ayuda en la India, cuando llegue el momento de aplicar la Teosofía al Hinduismo.

Lo que habéis hecbo al abandonar a la Sociedad Teosófica, puede compararse al comportamiento de un hijo que ha sido criado con esmero y que abandona a su madre por alguna desavenencia trivial, que quiere presentar gustoso al mundo, como un rompimiento. Esperamos anhelosos el día de la feliz reconciliación que está enteramente en manos del hijo.

Somos siempre sus sinceros amigos,

J. Krisnamurti. J. Nityananda.

Capricho

Bajé desde las cumbres
a pastorear las greyes,
no «contra», sino «sobre» las costumbres
que hay que violar, para engendrar las leyes.

... Mi espíritu se ufana
porque una chispa encierra
de la luz de una estrella tan lejana
que no se puede ver desde la Tierra...

José Santos Chocano.



Llamamiento para una plegaria internacional por la reconstrucción y bienestar del mundo

Todo el que es de la Verdad escucha mi palabra.
(San Juan, XVIII, 3.º)

Reconcialíate primero con tu hermano.
(San Mateo, XV, V, 24).



UERIDOS hermanos: Suponiendo que tu amado hermano, tu hijo amado o tus amados padres, estuviesen gravemente enfermos; si eres creyente ¿no querrías orar para que recobrasen su salud? Y si no fueres creyente a lo menos no desearías con todo tu corazón, que se repusiera, conociendo instintivamente que cuando muchos desean una misma cosa, *de verdad*, rara vez es rehusada?

Ciertamente ninguno de vosotros se limitaría a ser tan solo un testigo frío e insensible para la aflicción de los que llevan vuestra propia sangre.

Pues ¿qué hacéis, qué hacemos todos para ayudar a Europa y aún al mundo mismo con los poderes ocultos de nuestra voluntad?

¿Tan poca fé nos queda, si somos creyentes, esa fé que movería las montañas y las arrojaría al mar, que olvidamos el poder de la plegaria, como lo enseñó al Mundo el gran Maestro: «cualquier cosa que deseeis orando, creed que la recibiréis»?

Y, si incrédulos, hemos olvidado que «Mens agitat molem» (Virgilio Aem. VI 827) ¿Tan ignorantes somos de los poderes de la telepatía o como quiera que deseéis denominar a las corrientes psiquicas, cuya existencia ha sido sospechada y casi demostrada en los seres humanos, como en algunos animales (recordáos de los pajaritos atraidos por las serpientes) como en toda la materia del mundo, las cuales se reúnen poderosamente en oleadas que hoy el hombre proyecta a voluntad en una dirección determinada, por la telegrafía sin hilos?

Si creéis que el pensamiento es tan sólo una manifestación eléctrica y si vés que se domina la electricidad en la forma indicada ¿por qué no intentar el dominio y dirección de nuestros propios pensamientos reunidos en un sentido determinado, el que creáis

justo? (Y esto hermanos creyentes es la verdadera forma de actuar la plegaria).

En cuanto a los que, como el humilde desconocido que a vosotros se dirige, profesan la filosofía teosófica y han hecho el voto de fraternizar con todos sus semejantes, hermanos suyos, de todas las nacionalidades y creencias, inútil será insistir sobre los efectos que produce la reunión de aspiraciones y plegarias de todos nosotros, en un momento dado, con la intención de alterar hasta donde sea posible el Karma desdichado. (El Destino, si os gusta más esta palabra.)

No es que alardeemos de poderes tales como los que reconocemos a los hermanos mayores (ángeles y arcángeles de la religión): pero reconocemos que las circunstancias dependen en gran parte de la mente de los hombres y que estos pueden ser poderosamente asistidos cuando son arrastrados hacia las calamidades.

Aún la hay, quizás erróneamente desacreditada Astrología nos ha legado un lema: «Astra inclinant, non necessitant. (Los cielos envían una tendencia; pero no obligan a seguirla).

Ahora bien, os preguntaréis: ¿Cómo podemos, pues, ayudar espiritualmente a Europa y al mundo cuando ya se ha hecho todo lo posible? (¿De verdad se ha hecho?) Recordando las palabras de Cristo: «Que si dos de vosotros se reuniesen en la tierra, tocante a alguna cosa que puedan pedir, se hará para ellos». (San Mateo, cap. XVIII-19).

Por lo tanto, ¿no debemos pedir, no debemos unirnos de corazón y juntar nuestras plegarias, nuestra buena voluntad en una oleada psíquica, con el propósito de «despertar a los que duermen» (Ef. V. 14) y dar la luz a los que viven en tinieblas y en aquella «sombra de la muerte« que aún se cierne sobre una porción tan importante de la comunidad del mundo, proyectada tal vez por aquellos (Ef VI, 12) «poderes gobernadores de las tinieblas de este mundo y de la perversidad espiritual en elevados lugares?»

Porque ¿no habéis pensado en que, entre tantos millones de seres cuyas vidas les fueron arrancadas antes del tiempo natural, un cierto número estaban lejos de sentirse libres de la idea de venganza; en que mucha de la aflicción universal de la post-guerra pudo deberse a su acción ignorada? («Hay muchas cosas en los cielos y en la tierra, Horacio, más de las que piensa tu especial filosofía».) Hamlet.

En este caso, debiera de existir también la posibilidad de atraer y congregar con nuestros buenos deseos la buena voluntad de

aquellas víctimas, que, «siendo espíritus de salud» (Hamlet), deben de haber olvidado y perdonado. Atraigamos, pues, a todos los poderes invisibles que puedan auxiliar al mundo. ¡Ayudemos a Europa!

Así pues, surgiere la idea de que en un día señalado, a una hora prefijada sea el 24 de Junio próximo, a las doce en punto del mediodía, hora de Greenwich, todos los creyentes e incrédulos unamos nuestra buena voluntad, y roguemos en alta voz usando las palabras siguientes o alterándolos en un deseo intenso de emoción. Y los incréculos, de todas formas, ayudando a la oleada psíquica que creeréis que se ha de formar:

Poder superior que guias los mundos y sus habitantes.

Grandes almas que sois los mediadores entre los hombres y las causas de los universales destinos.

Y todas las reconditas potencialidades humanas, que existen en todos los hombres de paz y buena voluntad.

Escuchad nuestra plegaria.

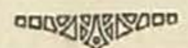
Y ayudadnos a inclinar a los directores de los pueblos y todos los pueblos de la tierra hacia un sendero mejor, de hoy en adelante.

Que todos los pensamientos de venganza, de ambición o egoismo, desde ahora puedan ser arrancados y borrados de sus corazones.

Que todos los pueblos se amen entre sí y que tiempos felices de justicia, felicidad y rectitud, sigan a los años dolorosos que ha vivido el mundo.

Concedednos esto que todos nosotros suplicamos, deseándolo desde lo más íntimo de nuestros corazones. Así sea.

EPHPHETA.



Sección de Noticias

Ha fallecido el entusiasta teósofo don José Melian y Chaippi. Fué uno de los más valientes trabajadores de la primera hora, compartiendo con Xifré y Montolín el ímprobo esfuerzo de arraigar en España las enseñanzas de la divina sabiduría. Un solo dato es bastante a demostrar lo importante de su labor: fué el traductor de la Doctrina Secreta al idioma de Cervantes. Cada vez que repasamos ese libro único e imperecedero, hemos de recordar la figura insigne del hermano Melian, verdadero instructor de nuestra raza, y hemos de tener para él, no sólo un piadoso recuerdo, sino una oleada de gratitud por el pan espiritual que nos ha brindado. Descanse en paz.

—

Hemos recibido una interesante obra titulada «Medicina blanca y medicina negra», de la que es traductor el Doctor Alfonso.

Conociendo las características de tan culto médico naturalista, se comprende cuán interesante es el librito que en pocas páginas encierra más enseñanzas que muchas obras voluminosas. «Medicina blanca y negra» es obra que hay que leer·

—

Nuestro administrador, señor Mensaque, sigue ausente atendiendo a la salud de una de sus hijas. Rogamos a nuestros lectores dispensen cualquier retraso en la correspondencia o envío de ejemplares.

ZANONI no opone, en el orden abstracto de las ideas, limitación alguna a sus colaboradores, a quienes deja las responsabilidades que en aquel sentido puedan deducirse.

SATYAT NASTI PARO DHARMAH

(No hay religión más elevada que la verdad).